

OTRAS VOCES

TRIBUNA | LÍDERES Es vital que las democracias liberales no se reduzcan a la mera administración de los asuntos domésticos y subestimen las necesidades de pertenencia: es el caldo de cultivo de políticos oportunistas y demagogos

Democracia y carisma

ALFONSO GALINDO
Y ENRIQUE UJALDÓN

CUANDO VIMOS la imagen de Donald Trump ensangrentado con el puño en alto tras haber recibido un disparo, supimos que se iba a convertir en un icono. Como las estampas de Cristo, funciona para sus seguidores como una prueba de protección de Dios. Como el alzado de la bandera en Iwo Jima, representa la capacidad de lucha de los Estados Unidos. Tan buena es la instantánea que muchos no creyeron que fuese verdadera. Pero lo es. Una fotografía que capta exactamente lo que pasó, pero también una imagen que no puede ser fingida; nadie actúa cuando acaba de salvar su vida por milímetros.

Sin embargo, si no nos limitamos a la fotografía y vemos toda la secuencia, así como otros muchos momentos recogidos por las cámaras, la escena impacta aún más: la estela de la bala acercándose a la oreja, Trump llevado en volandas por su equipo de seguridad como un cristo bajado de la cruz, o la reacción del público, que en ningún momento se deja llevar por el pánico. Impresiona la sangre fría del ex presidente pidiendo recuperar sus zapatos, impresiona su serenidad y ánimo dirigiéndose a los asistentes y gritando «luchad, luchad, luchad». La escena es tan poderosa que ha acallado a muchos de sus críticos, dentro y fuera de los Estados Unidos. También a nosotros, que discrepamos de muchas de sus posiciones, que denunciamos sus exageraciones y mentiras, que reconocemos los peligros de muchas de sus ideas. Es un mesías, muerto, resucitado, redentor. Enternece pensar qué habría hecho Joe Biden en su lugar.

Pero las imágenes refuerzan algo que Donald Trump tiene y que Kamala Harris no ha demostrado tener. Eso que Max Weber llamó carisma. Este no procede de un querer. No lo proporciona un método. Se tiene o no se tiene. Implica un exceso, algo que no viene como resultado de un entrenamiento, ni siquiera de la eficacia en la acción. Por eso se lo vincula a cierto

don trascendente. Se acredita en momentos extremos, como una batalla... o acabar de sufrir un intento de asesinato en mitad de un mitin. Y comporta una suerte de atractivo y capacidad de motivación y seducción que conserva un punto inexplicable. El líder dotado de carisma moviliza, arrastra al pueblo, incluso hacia objetivos levisos para el propio pueblo.

Los sistemas democráticos liberales y sus Estados de derecho ni reclaman los liderazgos carismáticos ni parecen ser compatibles con ellos. Afortunadamente. Para la mayoría de los ciudadanos de las democracias consolidadas la política es equivalente a la gestión de los asuntos comunes. Pedimos a nuestros políticos que administren con eficiencia las necesidades compartidas, que gobiernen con acierto

los retos a los que nos enfrentamos, que contribuyan a disminuir los problemas que nos afligen, que distribuyan con equidad los bienes y servicios. Queremos políticos honrados, eficaces, transparentes. Queremos buenos gestores. Frente al personaje de Harry Lime interpretado por Orson Welles en *El tercer hombre*, preferimos países que fabriquen relojes de cuco a guerras y matanzas que den lugar a genios de las artes. No en vano es una maldición china el desear vivir en tiempos interesantes.

Y pese a todo, parece que con eso no basta. La gente parece seguir necesitando la pasión, la seducción, la atracción que posee el líder carismático. Además, para que un pueblo exista no basta con que así lo establezcan las leyes. Hace falta compartir una identidad y experimentar que se comparte. Hace falta sentir que estamos vinculados a un espacio común; que pertenecemos a una tradición; que nos sabemos involucrados en un proyecto compartido; que, en caso extremo, pertenecemos a un colectivo que nos apoyará y defenderá, por el que merece la pena sacrificarse en algún sentido. Esto no tiene que ver con la gestión ni con la administración de servicios. Esto no es economía. Esto es política. Y aquí resulta crucial el rol del líder carismático.

Como señalaba el filósofo Juan Antonio Rivera, en un mundo anegado de frías relaciones económicas transnacionales, de vínculos virtuales, de compras *online*, de turismo empaquetado, de producción audiovisual de masas y marcas globales, la gente parece seguir necesitando relaciones cálidas, raíces, identidad, tradición, comunidad, vínculo, proyecto común. Y esta necesidad, independientemente de cómo se la juzgue, no puede ser ignorada.

El líder carismático posee una capacidad extraordinaria para constituir y representar la voluntad general de un pueblo y, en esta medida, su identidad. En ausencia de líderes así, el deporte hace esa función. Lo vivimos recientemente en España con la selección nacional de fútbol: centenares de miles de personas se echaron a la calle tras el triunfo de la selección en la Eurocopa. O estos días recientes con las Olimpiadas. El deporte de masas contribuye a representar el colectivo, sirve para integrar y para sentirnos parte de algo. Los representantes políticos lo saben, de ahí que se vinculen a los éxitos deportivos, lo cual intensifica la identificación.

Hay quien lamenta todo esto como una estúpida exaltación nacionalista. Pero, además de que implica desconocer el funcionamiento de los agrupamientos humanos, esa crítica subestima que es una conquista de la civilización que pasiones tan fuertes y encontradas, que sirven para canalizar frustraciones históricas, se canalicen pacíficamente y no hayan dado lugar a ningún acto de violencia reseñable.

Esta funcionalidad representativa del deporte no implica que las instituciones tradicionales de representación (parlamentos, partidos, sindicatos, jefaturas de Estado, etc.) hayan sido superadas y carezcan de capacidad representativa (no hay más que ver, por

seguir con el ejemplo, la imagen del Rey cuando los futbolistas le entregaron la Copa de Europa en la celebración de la victoria). Ahora bien, tampoco se le oculta a nadie que tales instituciones manifiestan signos de crisis, de agotamiento en su capacidad de canalizar y configurar la vida política de la gente. Ello explica, entre otros factores, la emergencia de diferentes movimientos sociales y políticos que toman las calles de las ciudades; o de líderes capaces de manipular los sentimientos, configurar las expectativas de la gente y canalizar los deseos colectivos.

LOS MOMENTOS excepcionales propician el surgimiento de caudillajes salvíficos. Pueden ser locales y modestos, como en España lo fue Pablo Iglesias o más recientemente Alfvén. O de más amplio recorrido, como lo son el argentino Milei, la italiana Meloni o el citado Trump, entre otros. Aunque muy diferentes entre sí, todos comparten la capacidad de configurar homogeneidad, inducir identidad, movilizar a la sociedad.

A los que preferimos políticos grises que gestionen con eficacia, honradez y transparencia el día a día de sociedades integradas y ordenadas, nos perturba el surgimiento de tales liderazgos. Ahora bien,



TOÑO BENAVIDES

es vital que las democracias liberales no se reduzcan a la mera administración de los asuntos domésticos y subestimen –o, peor aún, desprecien– las necesidades de pertenencia y comunidad, pues ese es el caldo de cultivo de políticos oportunistas, demagogos y manipuladores. El reto es una política ejercida en el marco de instituciones sólidas y democráticas, y unos políticos dotados de pasión, responsabilidad, mesura, realismo –y, como decía Max Weber, alejados de la vanidad–.

Alfonso Galindo y Enrique Ujaldón son filósofos. Su último libro es 'Sexo, cuerpo, boxeo. Un alegato contra la izquierda reaccionaria' (Editorial Verbum, 2022)

La imagen de Trump ensangrentado refuerza algo que Harris no ha demostrado: carisma